

4 REGALOS DE PARTE DE DIOS PARA USTED (Parte 2) 1 Pedro 5:10

La semana pasada dije que, a menudo, las bendiciones de Dios vienen después de un tiempo de sufrimiento, de dolor o de prueba. Son un regalo de Dios para usted que le dicen que Él no ha sido indiferente a lo que usted está viviendo, que Él ha estado *con* usted, *en* usted y *para* usted, todo ese tiempo. Por supuesto, todo esto si podemos creer, si nos mantenemos firmes en la fe, fieles al Señor, y obedientes a su Palabra.

El pueblo de Dios en tiempos del Apóstol Pedro estaba pasando por un duro tiempo de dolor y de sufrimiento. Estaban siendo perseguidos por los judíos y se vieron en la necesidad de salir de Jerusalén, y de hecho, salir del país por causa de esa persecución. Ahora estaban dispersos en todas partes. También allí los perseguirían, pero ahora se sumarían a la persecución los romanos y los griegos. Sin embargo, lejos de que satanás se levantara con la victoria, le fue mucho peor, porque los cristianos que tuvieron que salir huyendo de Jerusalén ahora predicaban de Cristo en sus nuevos lugares de residencia y el Evangelio de las Buenas Nuevas de nuestro Señor Jesucristo se estaba extendiendo por todas partes.

¿Qué fue lo que pasó?, ¿por qué no se desanimaron y renunciaron a esa nueva fe que al parecer solamente les estaba trayendo problema tras problema? Considero que mucho tuvo que ver la oración tan atrevida que el Apóstol San Pedro levantó a Dios; oración que fue contestada por Dios, porque Pedro la hizo con fe y porque el pueblo de Dios creyó y se mantuvo firme, fiel y obediente. La oración dice así:

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (v.10).

Pedro habla de cuatro bendiciones de parte de Dios para ellos y, por aplicación, para nosotros; cuatro bendiciones que son cuatro regalos si se mantienen firmes en la fe, fieles a Cristo y obedientes a la Palabra. Esos cuatro regalos son: perfección, afirmación, fortaleza y establecimiento. La semana pasada vimos los primeros dos y hoy veremos los segundos dos.

En cuanto a la **perfección**, dije que Dios no hace obras malhechas ni deja obras inconclusas. Dios no renuncia a su propósito de hacernos

perfectos para Él. Piense por ejemplo en la escultura más bella que usted haya visto jamás. El hábil escultor, a una piedra sin belleza y sin forma, le dio vida al convertirla en una hermosa y perfecta obra de arte. El escultor invirtió una gran cantidad de tiempo y dedicación, puso a trabajar toda su imaginación al máximo y no renunció a pesar de las dificultades que seguramente pasó mientras trabajaba. Y la pregunta es: el escultor, que es solo un hombre, nunca se desistió y puso todo su amor y todo su talento para terminarla y convertirla en una hermosa y perfecta obra de arte, ¿y Dios no hará lo mismo y mucho más por usted y por mí hasta convertirnos en su más hermosa obra maestra? Por supuesto que lo hará. El escultor no es mejor que Dios, ni es más que Dios; no es más persistente que Dios.

Después hablé del **afirmamiento**. Le pedí que pensara en un árbol grande con raíces bien profundas. Ni el tiempo, ni las inclemencias del tiempo, ni aún los desastres naturales lo podrán arrancar de la tierra. Entre más profundas sus raíces, más firme es el árbol. El árbol es además un productor de oxígeno y el oxígeno es vida; y dije que, así nosotros también estamos llamados a dar vida cuando predicamos el Evangelio del Señor Jesús porque solo en Él hay esperanza de vida. No somos nosotros los que damos vida, pero es Dios a través de nosotros. Y la pregunta es: ¿podrá darle Dios al árbol esa firmeza que lo hace resistir toda clase de ataques y no hará lo mismo por sus escogidos? Por supuesto que lo hará. El árbol no es más que el creyente a los ojos de Dios.

Fortaleza. El tercer regalo para el creyente fiel y verdadero es la fortaleza. Déjeme le digo por qué es importante. Piense por ejemplo en un boxeador. El hombre se preparó, entrenó muchas horas, cuidó al extremo su alimentación y cuidó de no desvelarse; estudió a su contrincante a detalle, conoce cada movimiento del contrincante y conoce cada clase de golpe que debe dar si quiere ganar. Parece que está completamente preparado, parece que lo tiene todo para ganar, pero cuando sube al ring se da cuenta de algo que lo puede hacer perder. El boxeador se da cuenta de que sus golpes no surten el efecto que esperaba, sus golpes no le hacen daño a su contrincante, ¿por qué? porque su contrincante tiene un cuerpo bien duro y los golpes del boxeador no tienen nada de fuerza, por lo tanto no tienen poder. A la larga, el boxeador se va a cansar de tirar tanto golpe inefectivo, va a empezar a temblar de miedo y podrá ser noqueado hasta con cierta facilidad por su contrincante. El boxeador va a perder la pelea a pesar de toda su preparación.

Con el cristiano ocurre lo mismo. Se ha preparado, conoce la Biblia, asiste a la iglesia y hasta desarrolla algún ministerio dentro de ella. Pero cuando viene la prueba, o cuando satanás le ataca, no puede responder con fuerza, empieza a temblar de miedo y cae vencido. El cristiano se dejó vencer porque no tenía fuerza para responder aunque sabía muchas cosas y hacía muchas cosas. En cambio, los golpes del enemigo lo debilitaban cada vez más y más hasta que lo derribaron. El cristiano necesita llenarse con la fuerza de Dios. No puede ser sólo un cristiano teórico, tiene que ser un cristiano práctico también.

Algo así estaba ocurriendo con los cristianos del tiempo de Pedro y el Apóstol no quiere que ninguno de ellos caiga vencido. Pedro sabe que cada uno de ellos son un trofeo deseado en el aparador de satanás. Pero también sabe que cada uno de ellos son una especial joya ante los ojos de Dios. Por eso Pedro sabe que además de ser perfeccionados y afirmados, ellos necesitaban ser fortalecidos, para que no teman ante los ataques del enemigo y respondan con fuerza; por supuesto, con la fuerza de la fe. La Palabra de Dios dice: *“Pero Tú aumentarás mis fuerzas como las del búfalo; seré ungido con aceite fresco”* (Sal. 92:10). Ese aceite de la unción es lo que le da fortaleza al creyente. Dios nos unge con aceite santo, con el aceite del Espíritu Santo.

El Profeta Isaías escribió: *“Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”* (Is. 40:31). La fortaleza que Dios nos da es lo que nos hace resistentes a los golpes de la vida y a los golpes del enemigo. El cristiano que se llena de la presencia de Dios es el cristiano que estará fuerte no solo para resistir sino para responder con efectividad, con contundencia, ante cualquier circunstancia de la vida. Ser llenos de la presencia de Dios significa que el gozo de Dios está con nosotros y dice la Palabra de Dios que el gozo de Jehová es nuestra fortaleza (Neh. 8:10). Piense en esto: Dios puede darle fuerza una montaña, puede darle fuerza al mar y al viento, ¿y no lo hará con sus escogidos que son su tesoro máspreciado? Dios puede hacerlo y lo hará. Llegamos así al último de los cuatro regalos de Dios.

Establecimiento. La palabra significa que Dios los va a fijar en un lugar estable en donde Él pueda hacer esa obra de perfección, afirmación y fortaleza en el creyente. Muchas personas se llaman a sí mismas cristianas pero no quieren congregarse en ningún lugar y ponen mil

excusas para ello. Dicen que la Biblia no dice que tengan qué hacerlo, cuando sí lo dice. Pablo les escribió a los Hebreos: *“No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”* (Heb. 10:25). Dicen que no tienen tiempo, que el clima está malo, o que la iglesia está lejos, pero sí pueden ir a sus trabajos sin importar la distancia, ni cómo esté el tiempo y hasta enfermos pueden ir para no perder el día. Dicen además que la iglesia está llena de hipócritas como si ellos fueran las personas más rectas e intachables del mundo. La iglesia es un centro de entrenamiento necesario en la vida del creyente.

Además, en todo el Nuevo Testamento, no existe la idea de un cristiano independiente, ni existe la idea de un cristiano creyendo a su manera. El cristiano de verdad debe amar lo que Cristo ama y la Biblia dice que Cristo amó tanto a su Iglesia que se dio a Sí mismo por ella (Ef. 5:25). Si la iglesia a la que asiste enseña falsa doctrina por supuesto que debe salir inmediatamente de ella. Si no se le permite desarrollar los dones y talentos que Dios le ha dado porque los ministerios son controlados por un pequeño grupo que ejerce el poder en la iglesia, por supuesto que debe salir inmediatamente de ella. Pero si no es así, usted debe asistir. Nunca encontrará la iglesia perfecta porque la iglesia está formada por creyentes imperfectos que están en proceso de perfección. Así que en esa iglesia imperfecta usted está llamado o llamada para hacer la diferencia mostrando el amor de Jesucristo en acción. Muestre el amor de Cristo que está en usted y cambiará lo que está a su alrededor, pero necesita establecerse en un lugar y en una doctrina sana.

Conclusión.

¿Por qué Pedro estaba tan seguro que esta declaración tan atrevida podría ser cumplida? Porque se lo está pidiendo al Dios de toda gracia. Sabemos que gracia significa el favor inmerecido de Dios. El Dios que nos favorece es el Dios que nos perfecciona, afirma, fortalece y establece. Si es el Dios de toda gracia o de todo favor, significa que nada queda fuera. Yo puedo acercarme con absoluta confianza al trono de la gracia, allí en donde está sentado Dios, puedo abrirle mi corazón y alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Heb. 4:16).

Si toma estos cuatro regalos que Dios le da, entonces Dios estará haciendo una obra en usted y en mí que parece imposible a los ojos de los hombres. Pero Dios es especialista en imposibles. ¿Puedo entonces

pedirle que me perfeccione, afirme, fortalezca y establezca? Por supuesto que puedo, y lo más hermoso es que Él lo hará. Y si Él puede hacer posible una obra que parece imposible, ¿habrá algo que no le pueda pedir? No hay nada que no le pueda pedir. Puedo pedirle todo y en su debido tiempo sé que Él lo hará, conforme a su voluntad, porque Él es el Dios de toda gracia. Cualquier cosa que le pida, que glorifique su Nombre, Él me la concederá.

Puedo pedirle todo porque su Palabra me enseña que Dios “...es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20). Puedo pedirle cosas grandes al Dios Todopoderoso, al Dios de toda gracia, al Dios que lo imposible lo hace posible, al Dios que llama las cosas que no son como si fueran. Pedro estaba seguro que su oración sería contestada porque Dios nos ha llamado. “¿Y qué con eso?”, podría usted preguntar. Cuando Dios llama, Dios equipa, Dios provee todo lo necesario para que podamos responder a su llamado y para que podamos dar fruto (Jn. 15:7,16). Cuando Dios nos llamó a la Salvación, Dios puso en nosotros el arrepentimiento y el Espíritu Santo nos guió para que reconociéramos nuestra propia culpa y viniéramos clamando por el perdón de Dios. Y Dios nos lo concedió. Nos dio su perdón y el regalo de la vida eterna.

El gran predicador Charles Spurgeon, conocido como el Príncipe de los Predicadores por los años 1,800's, cuenta la historia de un cortesano de Alejandro el Grande a quien se le iba a recompensar por sus servicios al reino. Se le dijo que pidiera la cantidad que quisiera, pero la cantidad que el cortesano pidió fue tan grande que el tesorero del rey no quiso dársela sin antes consultar a Alejandro. Alejandro dijo que en verdad la cantidad era muy grande, pero no demasiado como para que él no se la concediera. Dijo que admiraba al cortesano por su fe en él y le ordenó al tesorero que le diera lo que había pedido.

Y la pregunta es: ¿Alejandro pudo dar lo que sea a un cortesano que tuvo fe en él y Dios no les dará a sus escogidos lo que necesiten por su fe en Él? De ninguna manera, Alejandro el Grande no es más grande que nuestro Dios, ni tiene mayor comprensión ni misericordia que nuestro Dios. El Apóstol Pablo le dijo a la Iglesia en Roma: “Si Dios no dudó al entregar a su Hijo por nosotros, ¿no nos dará también, junto con Él, todas las cosas?” (Ro. 8:32). Si Dios no duda ni tantito en darnos todo lo que necesitamos y hasta más, ¿por qué dudaremos nosotros?

Dios le llamó a usted a la Salvación y le dio todo lo necesario para que viniera a Él. Dios le llamó también al servicio y le da todo lo necesario para equiparlo. Dios le llamó para dar testimonio de su gracia, de su poder, de su grandeza, de su misericordia y de su amor y le dará lo necesario para que usted testifique de Él. Créame, nunca será demasiado lo que le podemos pedir a Dios. Pero por si fuera poco todo esto, Pedro estaba seguro de lo que decía porque estaba involucrado el Nombre de Cristo a quien Dios el Padre no le niega absolutamente nada. Cuando Pedro está orando ese “*en Cristo*” es lo que hace la diferencia. El mismo Señor Jesús nos manda a que nosotros pidamos en su Nombre (*Jn. 14:13,14; 15:16; 16:23,24,26*), y lo más hermoso es que nos asegura que lo tendremos.

Si Dios nos llamó a su gloria eterna y nos da todo lo necesario para llegar a esa gloria, también nos dará todo lo necesario y hasta más mientras caminamos aquí en la tierra rumbo a la gloria prometida. Por eso dije la semana pasada que mi oración es que este año que comienza sea un año diferente *en Cristo*. Busque a Cristo como nunca antes, sirva a Cristo como nunca antes, ore a Cristo como nunca antes, refúgiense en Cristo como nunca antes y crea en Cristo como nunca antes.

Pida y no deje de pedir, sirva y no deje de servir, ore y no deje de orar. Él mismo nos dijo: “*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá*” (*Mt. 7:7-8 / Lc. 11:9-10*). El Señor está hablando de cosas que necesitamos aquí y ahora, en esta vida terrenal. Tome los cuatro regalos que el Señor le da hoy y todo lo que viene junto con ellos. Le aseguro que este será el mejor año de su vida. Amén... Vamos a orar...